

El milagro del F.I.T. de Cádiz

Por Pepe Bablé*



(Foto: Begoña Lombardi).

Se suele llamar milagro a un suceso, a un acontecimiento casual o excepcional; un hecho fortuito que ocurre, un golpe de fortuna, «una chamba» o «una potra» como le llamamos los gaditanos en nuestro lenguaje coloquial. Todo ello, claro, obviando su connotación religiosa que, si fuese así, la cosa adquiriría rango sobrenatural y no estamos para esos menesteres.

Aunque parezca insólito, este vocablo se ha utilizado hasta la saciedad para calificar al festival de Cádiz. Insólito porque el F.I.T. (Festival Iberoamericano de Teatro de Cádiz) va a cumplir sus primeros diez años y creo que ya ha cumplido su mayoría de edad; pero si lo de «milagroso» es a tenor de sus diversas dotaciones

económicas, es posible que el vocablo esté bien utilizado.

Intentar escribir sobre el F.I.T. es muy complicado. Me suele pasar como cuando hablo sobre algo relacionado con el teatro en general: uno se apasiona y la vehemencia —terrible defecto— no me deja madurar y racionalizar los pensamientos.

Para hablar del F.I.T., podría empezar por alabar sus excelencias con una literatura rebuscada y culta que quedara muy bien, pero es la primera oportunidad que me brindan para escribir sobre algo que me enamora y, además, hacerlo para compañeros de lides teatrales, lo cual me invita a que sea de forma espontánea y con absoluta claridad y confianza.

El F.I.T. empezó como creo que deben empezar las grandes cosas: sin exceso de intelectualidad y «sin anestesia». Una charla de amigos —personas de inquietudes culturales que, desde 1980 con ocasión de unas reuniones CERTAL-CEL-

CIT cebradas en Cádiz, toman conciencia de Latinoamérica y su teatro— para más tarde, convencer a unos cuantos locos e ir en pro de un evento que, con el tiempo, ha conseguido consolidarse en un festival con peso específico dentro del calendario de acontecimientos similares.

Mirar hacia atrás y recordar no pocas vicisitudes, me hace casi sonrojar. Son tantas cosas, anécdotas, buenos momentos, y otros, que mejor es olvidar, que hacen que el tiempo no haya existido y sólo reparamos en él cuando miramos las fotografías delatoras y comprobamos cómo se nos ha caído el pelo. El F.I.T. significa tanto para tanta gente. Una década repleta de ilusiones, esfuerzos y, a veces, sinsabores. Durante este tiempo hemos asistido perplejos a un sin fin de avatares, elogios, rencores, parabienes y críticas. Muchas críticas.

Con el F.I.T. pienso que ocurre como con otra serie de cosas: se habla, se escribe, se critica, pero realmente —al parecer— muy pocos conocen su importancia y significado. Uno, desde la distancia que produce estar al margen de otros intereses, opina que la validez de un festival como el nuestro, es algo que debe quedar fuera de toda sospecha. Distinto es que se deban limar o matizar algunas cuestiones referentes a su entramado. Aunque es cierto que a veces intentamos categorizar lo que simplemente es anecdótico, complicándolo, cuando las cosas son mucho más sencillas.

La ciudad milagrosa

Cádiz —perdón, uno se jacta de ser gaditano— es americanista por historia y por vocación. Ciudad receptora y catalizadora de las más diversas manifestaciones, es poseedora de una gran tradición teatral, que arranca de los Corrales de Comedias del siglo XVI, alcanzando su esplendor en el XVII y a lo largo del XIX, donde proliferaron teatros de Opera francesa a italiana, los llamados Teatro-Circo y el nacimiento de una de sus manifestaciones más genuinas: el teatro de La Tía Norica, convirtiéndola en una ciudad floreciente y culta. Beber de su historia —3.000 años la contemplan— es adquirir los vestigios de no pocas civilizaciones y culturas. Desde su fundación por los fenicios, toda una larga relación de pueblos han pasado por Cádiz, y han ido dejando su huella en el pueblo gaditano. Su relación con el mar —el mismo que besa las orillas de los dos continentes— hace que sea una ciudad que es crisol de historia y cultura, anfitriona de entrada a Europa y embajadora ofi-

* Pepe Bablé es director del F.I.T. de Cádiz.

cial hacia América. De todos es conocido que el segundo viaje colombino (1493) salió de Cádiz. Pero no sólo Colón viajó desde Cádiz, también lo hicieron Juan de la Cosa y Américo Vespuccio, entre otros.

Uno podría seguir galanteando a su tierra natal y ponderarla hasta el exceso, pero otros lo hicieron antes y con mejores palabras. Lo que sí es evidente, es que el bagaje histórico de Cádiz se incrementa a través del F.I.T., consiguiendo ser el punto de encuentro de culturas parejas.

Sólo contando con estos antecedentes, para muchos está más que justificado el porqué del F.I.T. de Cádiz, aunque a veces —es bueno reconocerlo— nos queda la duda de si no gozaría de más ayuda y menos críticas si se desarrollase en otro punto de España. Pero bueno, aquí surgió la idea y éste es su lugar natural.

Milagro de festival

Un festival debe ser una fiesta en honor de algo. Un punto de celebración, un culto, una ofrenda. La ocasión que hace posible asistir, en un mismo lugar, a la oportunidad de nuevos espectáculos y tendencias, en claro signo de confrontación ante el público. Si estas premisas están acompañadas de acciones que inciden más allá de lo lúdico, el festival está servido: la fiesta y el culto pueden comenzar porque incidirán en todos los sentidos.

El F.I.T. de Cádiz, es un acontecimiento con una fundamentación clara y concisa desde sus inicios, y su filosofía y perfil se van desarrollando —edición tras edición— sin perder sus constantes vitales.

Mucha gente, durante mucho tiempo, luchó en pro de una cultura progresista y solidaria: personas que demandaban desde libertad de expresión hasta una democratización del arte y una mayor calidad cultural y, de entre tantas voces, muchas reclamaban un espacio para la integración, a través de un diálogo real, con América Latina: Latinoamérica, la gran amiga pero también la gran desconocida.

El F.I.T. de Cádiz vino a ofrecer ese punto de encuentro. El mes de octubre de 1986, contempló cómo una nave festivalera, capitaneada por Juan Margallo, soltaba amarras y navegaba por singladuras anheladas por muchos. Teatristas de ambas orillas del Atlántico, convivían y tributaban pleitesía a Talía en un diálogo sincero y profundo. Nacía un festival convivencial, donde nadie disputaba un lugar más destacado en ninguna cartelera, donde nadie era más importante que otro, donde uno se reconocía en los demás y, donde, en un abrazo fraternal, se

estrechaban dos continentes a través del TEATRO. Una misma lengua —con diferentes acentos— en un discurso teatral libre, rompía otras barreras impuestas por esa historia pretérita y carente de «arte». Pronto nos dimos cuenta que se había dado en la diana. Este festival venía a ocupar el hueco existente —desde muchos años atrás— y producido por diversas connotaciones: políticas, sociales, culturales y de otra naturaleza.

El F.I.T. se creó de espaldas al estereotipo y al cliché caduco. Su definición no ha sido nunca —ni es afortunadamente— ser un festival escaparate, un acontecimiento de campanillas y petardos al cielo. Nació con voluntad de satisfacer compromisos que, a la larga, lo han configurado como un festival con personalidad propia y con unos fines concretos. Es posible que muchos no entiendan ni compartan su filosofía, pero esas personas —si existen— deberían cuestionarse: qué sería del arte sin compromiso; qué sería de un festival no necesario. Es obvio que no estoy en contra de los festivales. Sólo abogo porque estos no estén centralizados donde hay saturación de ofertas y pasen desapercibidos, o sólo sirvan para paliar situaciones carenciales de una política cultural no apropiada y se eche el resto en programaciones estrellas y sin contenido de ninguna clase.

Si miramos las distintas programaciones que han conformado las ediciones del F.I.T., se puede comprobar cómo se ha intentado equilibrar los grandes nombres con los menos conocidos, el teatro convencional con el de mayor riesgo y transgresión. Siendo de una claridad meridiana, la apuesta por creadores militantes del arte y del dar oportunidades a países con retraso manifiesto en el desarrollo teatral que, aún cayendo en paternalismos, sirvió su presencia para una mayor proyección del hecho teatral —a través de sus colectivos— en la dinámica escénica habitual de esos países.

Parte fundamental del F.I.T. —más allá de las representaciones— ha sido y es, el discurso intelectual de teóricos, críticos e investigadores presentes en el festival con ocasión de sus Eventos Especiales. De la mano del CELCIT, desde 1986, han podido cristalizarse innumerables proyectos: creación de nuevas instituciones como el Espacio Editorial Iberoamericano, el Comité Iberoamericano de Teatro para Jóvenes y Niños, la Comisión Permanente de Cátedras Universitarias de Teatro, etc., y una larga lista de hechos dirigidos a dar repuestas a las necesidades de los teatristas tanto de España como en América Latina.

Que siga el milagro

Con estas buenas intenciones y sus resultados, es evidente que hay que seguir matizando el Festival pero procurando su pervivencia. El F.I.T. tiene que seguir fiel a su fundamentación y filosofía, pero para que ello tenga continuidad y relevancia —si no quiere renunciar a su compromiso— debe seguir desarrollándose acorde a las pautas económicas que lo propician, pero también, para que progrese y cumpla con las demandas que con el tiempo se le reclaman hay que atenderle con prioridad y generosidad al momento de dotarlo económicamente.

En este instante en que me toca el honor y la responsabilidad de dirigir su destino, mi preocupación prioritaria —más allá de que consiga una consolidación económica— es preservarlo de la pérdida de identidad y lograr que siga siendo útil al teatro de toda Latinoamérica. Resulta conmovedor comprobar cómo el F.I.T., se ha convertido en la Meca del teatro iberoamericano, y es alentador que distintas instancias de aquel continente, apoyen y apuesten por la presencia de sus grupos en Cádiz. Es posible que, edición tras edición, con esfuerzo y con un proyecto serio y meticuloso —si ningún desastre político lo detiene— consigamos que Cádiz se convierta en puerta de entrada hacia Europa de ese rico caudal creativo y que se mire de otra manera el teatro latinoamericano. Seguiremos estando en el centro del huracán, se nos reclamarán resultados, se cuestionará su contenido, pero cuando las críticas arrecien habrá que aplicar agravios comparativos y sopesar finalidad y resultados, sin olvidar los recursos con los que se cuenta. Y si de verdad hay que volver a hablar de milagro, me gustaría que fuese sólo para decir que el F.I.T. es realmente milagroso porque cuenta con personas que han hecho de este evento una militancia personal, un compromiso ideológico con el arte y un acto de amor con América Latina.

Si hay compromiso, si hay rigor, y ayudas, el F.I.T. seguirá caminando más allá de los discursos equivocados y de las críticas malintencionadas. Teniendo en cuenta todo esto y con un presupuesto digno que garantice su mantenimiento, el trabajo será más tranquilo y a la postre más fructífero. Al menos servirá para disipar las dudas e inquietudes que plantea un sistema carencial que solamente se combate con pasión, voluntad y entrega.

Milagro, bendito milagro, y que siga produciéndose.